

EL ESPÍRITU SANTO

III- Dones de Consejo, Ciencia, Entendimiento y Sabiduría

EL DON DE CONSEJO¹

Los cuatro dones que nos queda meditar tienen algo que ver con la inteligencia. Empezamos con el don de Consejo, que va a perfeccionar la virtud sobrenatural infusa de la Prudencia. Seguimos al p. Royo Marín en su libro *El gran desconocido*:

El 25 de julio de 1956, un desastre marítimo conmovió al mundo entero. El mejor buque italiano, el **Andrea Doria**, se hundió en el Atlántico, cerca de Nueva York. ¿Causas? Un descuido del timonel, que no supo virar con la suficiente rapidez cuando el **Stockholm**, buque sueco, se cruzó en su ruta. ¡Si pudiéramos conocer los accidentes que ocurren todos los días y a todas horas, por falta de dirección o de intuición, a las almas de los hombres! La virtud de la prudencia, y sobre todo el don de consejo, que la perfecciona, nos enseñarán a salvar estos graves inconvenientes.

1. Naturaleza del don de consejo

El don de consejo es un hábito sobrenatural por el cual el alma en gracia, bajo la inspiración del Espíritu Santo, intuye rectamente, en los casos particulares, lo que conviene hacer en orden al fin último sobrenatural. En torno a esta definición hay que notar principalmente lo siguiente:

- a) Los dones del Espíritu Santo no son mociones transeúntes o simples gracias actuales, sino **hábitos** sobrenaturales infundidos por Dios en el alma juntamente con la gracia santificante.
- b) El Espíritu Santo pone en movimiento el don de consejo como única **causa motora**; pero el alma en gracia colabora como **causa instrumental**, a través de la virtud de la prudencia, para producir un acto sobrenatural, que procederá, en cuanto a la **substancia del acto**, de la virtud de la prudencia, y, en cuanto a su **modalidad divina**, del don de consejo. Este mismo mecanismo actúa en los demás dones. Por eso sus actos se realizan con prontitud y como **por instinto**, sin necesidad del trabajo lento y laborioso del discurso de la razón (cf. Mt 10, 19-20).
- c) La prudencia sobrenatural **juza** rectamente lo que hay que hacer en un momento dado, guiándose por las luces de la razón iluminada por la fe. Pero el don de consejo **intuye** rápidamente lo que debe hacerse bajo el instinto y moción del Espíritu Santo, o sea por razones enteramente **divinas**, que muchas veces ignora la misma alma que realiza aquel acto. Por eso el **modo de la acción** es discursivo en la virtud de la prudencia, mientras que en el don es intuitivo, **divino** o sobrehumano.

¹ ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, cap. 11.

2. Importancia y necesidad

Es indispensable la intervención del don de consejo para perfeccionar la virtud de la prudencia, sobre todo en ciertos casos repentinos, imprevistos y difíciles de resolver, que requieren, sin embargo, una solución ultrarrápida, puesto que el pecado o el heroísmo es cuestión de un instante. Estos casos —menos raros de lo que comúnmente se cree— no pueden resolverse con el trabajo lento y laborioso de la virtud de la prudencia, recorriendo sus **ocho** momentos o aspectos fundamentales es menester la intervención del don de consejo, que nos dará la solución instantánea de lo que debe hacerse por esa especie de instinto o connaturalidad característica de los dones. Es muy difícil a veces conciliar la suavidad con la firmeza, la necesidad de guardar un secreto sin faltar a la verdad, la vida interior con el apostolado, el cariño afectuoso con la castidad más exquisita, la prudencia de la serpiente con la sencillez de la paloma (cf. Mt 10,16). Para todas estas cosas no bastan a veces las luces de la prudencia: se requiere la intervención del don de consejo. «Hay en la Sagrada Escritura—escribe el P. Lallemand—multitud de pasajes en los que se transparenta con claridad la intervención del don de consejo; como en el silencio de nuestro Señor ante Herodes, en la admirable respuesta que dio para salvar a la mujer adúltera o para confundir a los que le preguntaron maliciosamente si había que pagar el tributo al César; en el juicio de Salomón; en la empresa de Judit para liberar al pueblo de Dios del ejército de Holofernes; en la conducta de Daniel para justificar a Susana de la calumnia de los dos viejos; en la de San Pablo cuando enzarzó a fariseos y saduceos entre sí y cuando apeló al tribunal del César, etcétera, y otros muchos casos por el estilo».

3. Efectos del don de consejo

Son admirables los efectos que produce el don de consejo en las afortunadas almas donde actúa. He aquí algunos de los más importantes:

1) NOS PRESERVA DEL PELIGRO DE UNA FALSA CONCIENCIA.—Es facilísimo ilusionarse en este punto tan delicado, sobre todo si se tienen conocimientos profundos de teología moral. Apenas hay pasioncilla desordenada que no pueda justificarse de algún modo invocando algún principio de moral, tal vez muy cierto y seguro en sí mismo, pero mal aplicado a ese caso particular. Al ignorante le es más difícil, pero el técnico y entendido encuentra fácilmente un «título colorado» para justificar lo injustificable. Con razón decía San Agustín que «lo que queremos es bueno, y lo que nos gusta, santo». Sólo la intervención del don de consejo, que, superando las luces de la razón natural, entenebrecida por el capricho o la pasión, dicta lo que hay que hacer con una seguridad y fuerza inapelables, puede preservarnos de este gravísimo error de confundir la luz con las tinieblas. En este sentido, nadie necesita tanto el don de consejo como los sabios y teólogos, que tan fácilmente pueden ilusionarse, poniendo falsamente su ciencia al servicio de sus comodidades y caprichos.

2) NOS RESUELVE, CON INEFABLE SEGURIDAD Y ACIERTO, MULTITUD DE SITUACIONES DIFÍCILES E IMPREVISTAS.—Ya hemos dicho que no bastan, a veces, las luces de la simple prudencia sobrenatural. Es menester resolver en el acto situaciones apuradísimas que, teóricamente, no se acertarían a resolver en varias horas de estudio, y de cuya solución acertada o equivocada acaso dependa la salvación de un alma (v.gr., un sacerdote administrando los últimos sacramentos a un moribundo). En estos casos difíciles, las almas habitualmente fieles a la gracia y sumisas a la acción del Espíritu Santo

reciben de pronto la inspiración del don de consejo, que les resuelve en el acto aquella situación difícilísima con una seguridad y firmeza verdaderamente admirables. Este sorprendente fenómeno se dio muchas veces en el santo Cura de Ars, que, a pesar de sus escasos conocimientos teológicos, resolvía en el confesonario instantáneamente, con admirable seguridad y acierto, casos difíciles de moral que llenaban de pasmo a los teólogos más eminentes.

3) NOS INSPIRA LOS MEDIOS MÁS OPORTUNOS PARA GOBERNAR SANTAMENTE A LOS DEMÁS.—La influencia del don de consejo se refiere siempre a casos concretos y particulares. Pero no se limita al régimen puramente privado y personal de nuestras propias acciones; se extiende también a la acertada dirección de los demás, sobre todo en los casos imprevistos y difíciles. ¡Cuánta prudencia necesita el **superior** para conciliar el afecto filial, que ha de procurar inspirar siempre a sus súbditos, con la energía y entereza en exigir el cumplimiento de la ley; para juntar la benignidad con la justicia, conseguir que sus súbditos cumplan su deber **por amor**, sin amontonar preceptos, mandatos y reprensiones! Y el **director espiritual**, ¿cómo podrá resolver con seguridad y acierto los mil pequeños conflictos que perturban a las pobres almas, aconsejarles lo que deben hacer en cada caso, decidir en materia de vocación cuando aparece dudosa y guiar a cada alma por su propio camino hacia Dios? Apenas se concibe este acierto sin la intervención frecuente y enérgica del don de consejo. Santos hubo que tuvieron este don en grado sumo. San Antonio de Florencia destacó tanto por la admirable inspiración de sus consejos, que ha pasado a la historia con el sobrenombre de **Antoninus consiliorum**. Santa Catalina de Siena era el brazo derecho y el mejor consejero del papa. Santa Juana de Arco, sin poseer el arte militar, trazó planos y dirigió operaciones que pasmaron de admiración a los más expertos capitanes, que veían infinitamente superada su prudencia militar por aquella pobre mujer. Y Santa Teresita del Niño Jesús desempeñó con exquisito acierto, en plena juventud, el difícil y delicado cargo de maestra de novicias, que tanta madurez y experiencia requiere.

4) AUMENTA EXTRAORDINARIAMENTE NUESTRA DOCILIDAD Y SUMISIÓN A LOS LEGÍTIMOS SUPERIORES.—He aquí un efecto admirable, que a primera vista parece incompatible con el don de consejo, y que, sin embargo, es una de sus consecuencias más naturales y espontáneas. El alma gobernada directamente por el Espíritu Santo parece que no tendrá para nada obligación o necesidad de consultar sus cosas con los hombres; y, con todo, ocurre precisamente todo lo contrario: nadie es tan dócil y sumiso, nadie tiene tan fuerte inclinación a pedir las luces de los legítimos representantes de Dios en la tierra (superiores, director espiritual...) como las almas sometidas a la acción del don de consejo. Es porque el Espíritu Santo les impulsa a ello. Ha determinado Dios que el hombre se rija y gobierne por los hombres. En la Sagrada Escritura tenemos innumerables ejemplos de ello. San Pablo cae del caballo derribado por la luz divina, pero no se le dice lo que tiene que hacer, sino únicamente que entre en la ciudad y Ananías se dirá de parte de Dios (cf. Act 9,1-6). Este mismo estilo tiene Dios en todos sus santos: les inspira humildad, sumisión y obediencia a sus legítimos representantes en la tierra. En caso de conflicto entre lo que El les inspira y lo que les manda el superior o director, quiere que obedezcan a estos últimos. Se lo dijo expresamente a Santa Teresa: «Siempre que el Señor me mandaba alguna cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor a decir que le obedeciese; después Su Majestad le volvía para que me lo tornase a mandar». Incluso cuando con tanta falta de juicio mandaron a la Santa algunos confesores que hiciera burla de las apariciones de nuestro Señor (teniéndolas por diabólicas), le dijo el mismo Señor que obedeciera sin

réplica: «Decíame que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que El haría que se entendiese la verdad» La Santa aprendió tan bien la lección, que, cuando el Señor le mandaba realizar alguna cosa, lo consultaba inmediatamente con sus confesores, **sin decirles que se lo había mandado el Señor** ¡para no coaccionar su libertad de juicio); y sólo después que ellos habían decidido lo que convenía hacer les daba cuenta de la comunicación divina, si coincidían ambas cosas; y si no, pedía a nuestro Señor que cambiase el parecer al confesor, pero obedeciendo mientras tanto a este último. Es ésta una de las más claras y manifiestas señales de buen espíritu y de que las comunicaciones que se creen recibir de Dios son realmente de El. Revelación o visión que inspire rebeldía y desobediencia, no necesita de más examen para ser rechazada como falsa o diabólica.

4. Bienaventuranzas y frutos correspondientes

San Agustín asigna al don de consejo la quinta bienaventuranza, correspondiente a los misericordiosos (Mt 5,7). Pero Santo Tomás lo admite únicamente en un sentido **directivo**, en cuanto que el don de consejo recae sobre las cosas útiles o convenientes para la salvación, y nada tan útil como la misericordia para con los demás, que nos la alcanzará también para nosotros. Pero, en sentido ejecutivo o **elicitivo**, la misericordia corresponde—como vimos—al don de piedad. En cuanto relacionado con la misericordia, al don de consejo le corresponden de algún modo los frutos de **bondad y benignidad**.

5. Vicios opuestos al don de consejo

Al don de consejo se oponen, por defecto, la **precipitación** en el obrar, siguiendo el impulso de la actividad natural, sin dar lugar a consultar al Espíritu Santo; y la **temeridad**, que supone una falta de atención a las luces de la fe y a la inspiración divina por excesiva confianza en sí mismo y en las propias fuerzas. Y por exceso se opone al don de consejo la **lentitud excesiva**, porque, aunque es menester usar de madura reflexión antes de obrar, una vez tomada una determinación según las luces del Espíritu Santo, es necesario proceder rápidamente a la ejecución antes de que las circunstancias cambien y las ocasiones se pierdan.

6. Medios de fomentar este don

Aparte de los ya consabidos para el fomento general de los dones (recogimiento, vida de oración, fidelidad a la gracia, etc.), sobre los que nunca se insistirá bastante, los siguientes medios nos ayudarán mucho a disponernos para la actuación del don de consejo cuando sea menester:

a) PROFUNDA HUMILDAD para reconocer nuestra ignorancia y demandar las luces de lo alto. La oración humilde y perseverante tiene fuerza irresistible ante la misericordia de Dios. Es preciso invocar al Espíritu Santo por la mañana al levantarnos para pedirle su dirección y consejo a todo lo largo del día; al comienzo de cada acción, un movimiento sencillo y breve del corazón, que será, a la vez, un acto de amor; en los momentos difíciles o peligrosos, en los que, más que nunca, necesitamos las luces del cielo; antes de tomar una determinación importante o emitir algún juicio orientador para los demás, etc.

b) ACOSTUMBRARNOS A PROCEDER SIEMPRE CON REFLEXIÓN Y SIN APRESURAMIENTO.—Todas las industrias y diligencias humanas resultarán muchas veces insuficientes para obrar con prudencia, como ya hemos dicho; pero a quien hace lo que puede, Dios no le niega su gracia. Cuando sea menester, actuará sin falta el don de

consejo para suplir nuestra ignorancia e impotencia: pero no tentemos a Dios esperando por medios divinos lo que podemos hacer por los medios puestos por El a nuestro alcance con ayuda de la gracia ordinaria: «A Dios rogando y con el mazo dando».

c) ATENDER EN SILENCIO AL MAESTRO INTERIOR.—Si lográramos hacer el vacío en nuestro espíritu y acalláramos por completo los ruidos del mundo, oiríamos con frecuencia la voz de Dios, que en la soledad suele hablar al corazón (cf. Os 2,14). El alma ha de huir del tumulto exterior y sosegar por completo su espíritu para oír las lecciones de vida eterna que le explicará el divino Maestro, como en otro tiempo a María de Betania, sosegada y tranquila a sus pies (cf. Lc 10,39). «El cristiano—escribe a este propósito el P. Philipon—debería caminar por este mundo con la mirada fija en el sublime destino que le espera: la consumación de **su** vida en la unidad de la Trinidad, en sociedad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, con los demás hombres, **sus** hermanos, y con los ángeles, llamados ellos también a habitar con nosotros en la misma Ciudad de Dios, formando todos juntos una sola familia divina: la Iglesia del Verbo encarnado, el Cristo total. ¿Por qué toda nuestra actividad moral no brota en nosotros de esta suprema orientación de nuestra existencia hacia la beatificante visión de la Trinidad? Nos arrastramos en una atmósfera de vanidades, de horizontes meramente terrestres. Y, con todo, la gracia de Dios nos asiste para divinizar nuestros actos y valorizarlos hasta en sus menores detalles, sobreelevándolos hasta ponerlos al nivel de las intenciones de Cristo, nivel en el que ríos deberíamos mantener sin desfallecimientos, conscientes de nuestra filiación divina. Nuestras vidas deberían desarrollarse, en todos sus instantes, al soplo del Espíritu del Padre y del Hijo, sin desviarse nunca hacia el mal, sin retardar jamás su impulso hacia Dios. El Espíritu Santo se halla no sólo muy cerca de nosotros, sino dentro de nosotros, en lo más hondo de nuestras almas, para iluminarnos con las claridades de Dios, para inspirarnos la realización de acciones enteramente divinas y facilitarnos su cumplimiento. Cuanto más se entrega un alma al Espíritu Santo, más se diviniza. La santidad perfecta consiste en no rehusarle nada al Amor».

d) EXTREMAR NUESTRA DOCILIDAD Y OBEDIENCIA A LOS QUE DIOS HA PUESTO EN LA IGLESIA PARA GOBERNARNOS.—Imitemos los ejemplos de los santos. Santa Teresa—como hemos visto—obedecía a sus confesores con preferencia al mismo Señor, y éste alabó su conducta. El alma dócil, obediente y humilde está en inmejorables condiciones para recibir las ilustraciones de lo alto. Nada hay, por el contrario, que aleje tanto de nosotros el eco misterioso de la voz de Dios como el espíritu de autosuficiencia y de insubordinación a sus legítimos representantes en la tierra.

EL DON DE CIENCIA²

El don de Ciencia va a perfeccionar la Fé.

El quinto don del Espíritu Santo, siguiendo la escala ascendente de menor a mayor perfección, es el don de **ciencia**, que vamos a estudiar cuidadosamente a continuación. Algunos autores asignan al don de ciencia la misión de perfeccionar la virtud de la **esperanza**. Pero Santo Tomás lo adjudica a la **fe**, asignando a la esperanza el don de

² *Idem*, cap. 12.

temor, como ya vimos. Nosotros seguimos este criterio del Doctor Angélico, que se funda, nos parece, en la naturaleza misma del don de ciencia.

1. Naturaleza del don de ciencia

El don de ciencia es un hábito sobrenatural infundido por Dios con la gracia santificante, por el cual la inteligencia del hombre, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, juzga rectamente de las cosas creadas en orden al fin último sobrenatural. Expliquemos los términos de esta sintética definición para captar un poco mejor la verdadera naturaleza de este admirable don.

Es UN HÁBITO SOBRENATURAL INFUNDIDO POR DIOS CON LA GRACIA SANTIFICANTE.—No se trata de la **ciencia humana o filosófica**, que da origen a un conocimiento cierto y evidente de las cosas deducido por el raciocinio natural de sus principios o causas próximas o remotas. Ni tampoco de la ciencia **teológica**, que deduce de las verdades reveladas por Dios las virtualidades que contienen valiéndose del discurso o raciocinio natural. Sino de cierto **sobrenatural conocimiento** procedente de una ilustración especial del Espíritu Santo, que nos descubre y hace apreciar rectamente el nexo de las cosas creadas con el fin último sobrenatural. Más brevemente: es la recta estimación de la presente vida temporal en orden a la vida eterna. Es un **hábito infuso**, sobrenatural, inseparable de la gracia, que se distingue esencialmente de los hábitos adquiridos, de la **ciencia natural** y de la **teología**.

POR EL CUAL LA INTELIGENCIA DEL HOMBRE.—El don de ciencia, como hábito, reside en el entendimiento, lo mismo que la virtud de la fe, a la que perfecciona. Y es primariamente **especulativo**, y secundariamente **práctico**.

BAJO LA ACCIÓN ILUMINADORA DEL ESPÍRITU SANTO.—Es la causa agente que pone en movimiento el hábito sobrenatural del don. En virtud de esa moción divina, diferentísima de la gracia actual ordinaria, que pone en movimiento las virtudes, la inteligencia humana aprehende y juzga las cosas creadas por cierto **instinto divino**, por cierta **connaturalidad**, que el justo posee potencialmente, por las virtudes teologales, con todo cuanto pertenece a Dios. Bajo la acción de este don, el hombre no procede por raciocinio laborioso, sino que juzga rectamente de todo lo creado por un impulso superior y una luz más alta que la de la simple razón iluminada por la fe.

JUZGA RECTAMENTE.—Esta es la razón formal que distingue al don de ciencia del don de entendimiento. Este último, como veremos, tiene por objeto captar y penetrar las verdades reveladas por una **profunda intuición sobrenatural**, pero sin emitir juicio sobre ellas («simplex intuitus veritatis»). El de ciencia, en cambio, bajo la moción especial del Espíritu Santo, **juzga rectamente de las cosas creadas** en orden al fin último sobrenatural. Y en esto se distingue también del don de sabiduría, cuya función es **juzgar de las cosas divinas**, no de las creadas.

«La sabiduría y la ciencia—escribe el P. Lallemand— tienen algo de común. Las dos hacen conocer a Dios y a las criaturas. Pero cuando se conoce a Dios por las criaturas y cuando nos elevamos del conocimiento de las causas segundas a la causa primera y universal, es un acto de ciencia. Y cuando se conocen las cosas humanas por el gusto que se tiene de Dios y se juzga de los seres creados por los conocimientos que se tienen del primer ser, es un acto de sabiduría».

DE LAS COSAS CREADAS EN ORDEN AL FIN ÚLTIMO SOBRENATURAL.—Es, como ya hemos dicho, el objeto material sobre el que recae el don de ciencia. Y como las

cosas creadas pueden relacionarse con el fin ya sea impulsándonos hacia él, ya tratando de apartarnos del mismo, el don de ciencia da al hombre justo el recto juzgar en ambos sentidos. Más aún, el don de ciencia se extiende también a las cosas divinas que se contemplan en las criaturas, procedentes de Dios, para manifestación de su gloria, según aquello de San Pablo: «Lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las criaturas» (Rom 1,20).

«Este recto juzgar de las criaturas es la **ciencia de los santos**; y se funda en aquel gusto espiritual y afecto de caridad que no descansa solamente en Dios, sino que pasa también a las criaturas por Dios, ordenándolas a El y formando un juicio de ellas según sus propiedades, esto es, por las causas inferiores y creadas; distinguiéndose en esto la sabiduría, que arranca de la causa suprema, uniéndose a ella por la caridad».

2. Importancia y necesidad

El don de ciencia es absolutamente necesario para que la fe pueda llegar a su plena expansión y desarrollo en otro aspecto distinto del que corresponde —como veremos—al don de entendimiento. No basta **aprehender** la verdad revelada, aunque sea con esa penetración profunda e intuitiva que proporciona el don de entendimiento; es preciso que se nos dé también un **instinto sobrenatural para descubrir y juzgar rectamente las relaciones de esas verdades divinas con el mundo natural y sensible que nos rodea**. Sin ese instinto sobrenatural, la misma fe peligraría: porque, atraídos y seducidos por el encanto de las cosas creadas e ignorando el modo de relacionarlas con el mundo sobrenatural, fácilmente erraríamos el camino, abandonando—al menos prácticamente—las luces de la fe y arrojándonos, con una venda en los ojos, en brazos de las criaturas. La experiencia diaria confirma demasiado todo esto para que sea menester insistir en cosa tan clara. El don de ciencia presta, pues, inestimables servicios a la fe, sobre todo en la práctica. Porque por él, bajo la moción e ilustración del Espíritu Santo y por cierta afinidad y connaturalidad con las cosas espirituales, juzgamos rectamente, según los principios de la fe, del uso de las criaturas, de su valor, utilidad o peligros en orden a la vida eterna; de tal manera que del que obra bajo el influjo de este don puede decirse con mucha propiedad y exactitud que ha recibido de Dios la **ciencia de los santos**: «dedit illi scientiam sanctorum» (Sab 10,10).

3. Efectos del don de ciencia

Son admirables y variadísimos los efectos que produce en el alma la actuación del don de ciencia, todos ellos de alto valor santificante. He aquí los principales:

1) NOS ENSEÑA A JUZGAR RECTAMENTE DE LAS COSAS CREADAS EN ORDEN A DIOS.—Es lo propio y específico del don de ciencia. «Bajo su impulso—dice el P. Philipon—, un doble movimiento se produce en el alma: la experiencia del vacío de la criatura, de su nada; y también, a la vista de la creación, el descubrimiento de la huella de Dios. El mismo don de ciencia arrancaba lágrimas a Santo Domingo al pensar en la suerte de los pobres pecadores, mientras que el espectáculo de la naturaleza inspiraba a San Francisco de Asís su famoso **Cántico al sol**. Los dos sentimientos aparecen en el conocido pasaje del **Cántico espiritual** de San Juan de la Cruz, donde el Santo describe el alivio y al mismo tiempo el tormento del alma mística a la vista de la creación, cuando las cosas del universo le revelan el paso de su Amado, mientras que El permanece invisible hasta que el

alma, transformada en El, le encuentre en la visión beatífica». El primer aspecto hacía exclamar a San Ignacio de Loyola al contemplar el espectáculo de una noche estrellada: «¡Oh, cuán vil me parece la tierra cuando contemplo el cielo!» Y el segundo hacía caer arrobado a San Juan de la Cruz ante la belleza de una fuente, de una montaña, de un paisaje, de una puesta de sol, o al escuchar «el silbo de los aires nemorosos». La nada de las cosas creadas, contemplada a través del don de ciencia, hacía que San Pablo las estimase todas como **basura** con tal de ganar a Cristo (Flp 3,8); y la belleza de Dios, reflejada en la hermosura y fragancia de las flores, obligaba a San Pablo de la Cruz a decirles entre transportes de amor: «Callad, florecitas, callad...» Y este mismo sentimiento es el que daba al **Poverello** de Asís aquel sublime sentido de fraternidad universal con todas las cosas salidas de las manos de Dios: el hermano sol, el hermano lobo, la hermana flor...

Era también el don de ciencia quien daba a Santa Teresa aquella pasmosa facilidad para explicar las cosas de Dios valiéndose de comparaciones y semejanzas tomadas de las cosas creadas.

2) NOS GUÍA CERTERAMENTE ACERCA DE LO QUE TENEMOS QUE CREER O NO CREER.—Las almas en las que el don de ciencia actúa intensamente tienen instintivamente el **sentido de la fe**. Sin haber estudiado teología ni tener letras de ninguna clase, se dan cuenta en el acto si una devoción, una doctrina, un consejo, una máxima cualquiera, está de acuerdo y sintoniza con la fe o está en oposición a ella. No les preguntéis las razones que tienen para ello, pues no las saben. **Lo sienten así** con una fuerza irresistible y una seguridad inquebrantable. Es admirable cómo Santa Teresa, a pesar de su humildad y rendida sumisión a sus confesores, nunca pudo aceptar la errónea doctrina de que en ciertos estados elevados de oración conviene prescindir de la consideración de la humanidad adorable de Cristo.

3) NOS HACE VER CON PRONTITUD Y CERTEZA EL ESTADO DE NUESTRA ALMA.—Todo aparece transparente y claro a la penetrante introspección del don de ciencia: «nuestros actos interiores, los movimientos secretos de nuestro corazón, sus cualidades, su bondad, su malicia, sus principios, sus motivos, sus fines e intenciones, sus efectos y consecuencias, su mérito y su demérito» Con razón decía Santa Teresa que «en pieza a donde entra mucho sol no hay telaraña escondida»

4) NOS INSPIRA EL MODO MÁS ACERTADO DE CONDUCCIRNOS CON EL PRÓJIMO EN ORDEN A LA VIDA ETERNA.—En este sentido, el don de ciencia, en su aspecto práctico, deja sentir su influencia sobre la misma virtud de la prudencia, de cuyo perfeccionamiento directo se encarga—como vimos—el don de consejo. «Un predicador— escribe el P. Lallemand—conoce por este don lo que debe decir a sus oyentes y cómo debe apremiarles. Un director conoce el estado de las almas que dirige, sus necesidades espirituales, los remedios de sus faltas, los obstáculos que se oponen a su perfección, el camino más corto y seguro para conducir las, cuándo hay que consolarlas o mortificarlas, lo que Dios obra en ellas y lo que deben hacer de su parte para cooperar con Dios y cumplir sus designios. Un superior conoce de qué manera debe gobernar a sus subditos.

Los que participan más del don de ciencia son los más esclarecidos en todos sus conocimientos. Ven maravillas en la práctica de la virtud. Descubren grados de perfección que son desconocidos de los otros. Ven de una simple vista si las acciones son inspiradas por Dios y conformes a sus designios; tan pronto como se desvían un poco de los caminos de Dios, lo perciben en el acto. Señalan imperfecciones allí donde los otros no las

pueden reconocer y no están sujetos a engañarse en sus sentimientos ni a dejarse sorprender por las ilusiones de que el mundo está lleno. Si un alma escrupulosa se dirige a ellos, sabrán lo que es necesario decirle para curar sus escrúpulos. Si han de dirigir una exhortación a religiosos o religiosas, les acudirán a la mente pensamientos conformes a las necesidades espirituales de estas personas religiosas y al espíritu de su orden. Si se les proponen dificultades de conciencia, las resolverán excelentemente. Pedíles la razón de su respuesta, y no os dirán una sola palabra, puesto que conocen todo esto sin razón, por una luz superior a todas las razones.

Gracias a este don predicaba San Vicente Ferrer con el prodigioso éxito que leemos en su vida. Se abandonaba al Espíritu Santo, ya fuera para preparar los sermones, ya para pronunciarlos, y todo el mundo salía impresionado. Era fácil ver que el Espíritu Santo hablaba por su boca. Un día en que debía predicar ante un príncipe creyó que debía aportar a la preparación de su sermón un mayor estudio y diligencia humana. Lo hizo así con extraordinario interés; pero ni el príncipe ni el resto del auditorio quedaron tan satisfechos de esta predicación tan estudiada como de la del día siguiente, que hizo, como de ordinario, según el movimiento del espíritu de Dios. Se le hizo notar la diferencia entre esos dos sermones. «Es—respondió—que ayer predicó fray Vicente, y hoy ha sido el Espíritu Santo.»

5) NOS DESPRENDE DE LAS COSAS DE LA TIERRA.—En realidad, esto no es más que una consecuencia lógica de aquel **recto juzgar** de las cosas que constituye la nota típica del don de ciencia. «Todas las criaturas son como si no fueran delante de Dios» Por eso hay que rebasarlas y trascenderlas para descansar en sólo Dios. Pero únicamente el don de ciencia da a los santos esa visión profunda sobre la necesidad del desprendimiento absoluto que admiramos, por ejemplo, en San Juan de la Cruz. Para un alma iluminada por el don de ciencia, la creación es un libro abierto donde descubre sin esfuerzo la **nada** de las criaturas y el **todo** del Creador. «El alma pasa por las criaturas sin verlas, para no detenerse sino en Cristo... El conjunto de todas las cosas creadas, ¿merece siquiera una mirada para aquel que ha sentido a Dios, aunque no sea más que una sola vez?».

Es curioso el efecto que produjeron en Santa Teresa las joyas que le enseñó en Toledo su amiga doña Luisa de la Cerda. He aquí el texto teresiano con toda su inimitable galanura:

«Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez, estando ya mala del corazón (porque, como he dicho, lo he tenido recio, aunque ya no lo es, como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro y piedras, que las tenía de gran valor, en especial una de diamantes que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegraran. **Yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor**, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo misma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande que no sé si lo entenderá sino quien lo posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro. **Todo lo hace Dios**; que muestra Su Majestad estas verdades de manera que quedan tan impresas, que **se ve claro no lo pudiéramos por nosotros** de aquella manera en tan breve espacio adquirir»

6) NOS ENSEÑA A USAR SANTAMENTE DE LAS CRIATURAS. Este sentimiento, complementario del anterior, es otra derivación natural y espontánea del **recto juzgar** de las cosas creadas, propio del don de ciencia. Porque es cierto que el ser de las criaturas nada

es comparado con el de Dios, pero no lo es menos que «todas las criaturas son migajas que cayeron de la mesa de Dios» y de El nos hablan y a El nos llevan cuando sabemos usar rectamente de ellas.

Esto es, cabalmente, lo que hace el don de ciencia. Los ejemplos son innumerables en las vidas de los santos. La contemplación de las cosas creadas remontaba sus almas a Dios, del que veían su huella en las criaturas. Cualquier detalle insignificante, que pasa inadvertido al común de los mortales, impresiona fuertemente sus almas, llevándolas a Dios.

7) NOS LLENA DE CONTRICIÓN Y ARREPENTIMIENTO DE NUESTROS PASADOS ERRORES.—Es otra consecuencia natural del recto juzgar de las criaturas. A la luz resplandeciente del don de ciencia se descubre sin esfuerzo la **nada** de las criaturas: su fragilidad, su vanidad, su escasa duración, su impotencia para hacernos felices, el daño que el apego a ellas puede acarrearle al alma. Y al recordar otras épocas de su vida en las que acaso estuvo sujeta a tanta vanidad y miseria, siente en lo más íntimo de sus entrañas un vivísimo arrepentimiento, que estalla al exterior en actos intensísimos de contrición y desprecio de sí mismo. Los patéticos acentos del **Miserere** brotan espontáneamente de su alma como una exigencia y necesidad psicológica, que le alivia y descarga un poco el peso que le abruma. Por eso corresponde al don de ciencia la bienaventuranza de «los que lloran», como veremos en seguida.

Tales son, a grandes rasgos, los efectos principales del don de ciencia. Gracias a él la virtud de la fe, lejos de encontrar obstáculos en las criaturas para remontarse hasta Dios, se vale de ellas como palanca y ayuda para hacerlo con más facilidad. Perfeccionada por los dones de ciencia y de entendimiento, la virtud de la fe alcanza una intensidad vivísima, que hace presentir al alma las divinas claridades de la visión eterna.

4. Bienaventuranzas y frutos que de él se derivan

Al don de ciencia corresponde la tercera bienaventuranza evangélica: «*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*» (Mt 5,5). Ello tanto por parte del mérito como del premio. Por parte del **mérito** (las lágrimas), porque el don de ciencia, en cuanto importa una recta estimación de las criaturas en orden a la vida eterna, impulsa al hombre justo a llorar sus pasados errores e ilusiones en el uso de las criaturas. Y por parte del **premio** (la consolación), porque, a la luz del don de ciencia, se estima rectamente las criaturas y ordenan al bien divino, del cual se sigue la espiritual consolación, que comienza en esta vida y alcanzará su plenitud en la otra.

En cuanto a los frutos del Espíritu Santo, corresponden al don de ciencia la certeza especial acerca de las verdades sobrenaturales, llamada **fides**, y cierto gusto, deleite y fruición en la voluntad, que es el **gaudium o gozo espiritual**.

5. Vicios contrarios al don de ciencia

Santo Tomás, en el prólogo a la cuestión relativa a los pecados contra el don de entendimiento, alude a la **ignorancia** como vicio opuesto al don de ciencia. Veamos en qué forma.

El don de ciencia, en efecto, es indispensable para desvanecer completamente, por cierto instinto divino, la multitud de errores que en materia de fe y de costumbres se nos infiltran continuamente a causa de nuestra ignorancia y debilidad mental. No solamente entre

personas incultas, sino aun entre teólogos de nota—a pesar de la sinceridad de su fe y del esfuerzo de su estudio—, corren multitud de opiniones y pareceres distintos en materia de dogmática y moral, que forzosamente tienen que ser talsos a excepción de uno solo, porque una sola es la verdad. ¿Quién nos dará un criterio sano y certero para no declinar de la verdad en ninguna de esas intrincadas cuestiones? En el orden **universal** y **objetivo** no puede haber problema, en virtud del magisterio de la Iglesia, que es criterio infalible de verdad (por eso jamás yerra el que se atiene estrictamente a dicho magisterio infalible). Pero, en el orden **personal** y **subjetivo**, el acierto constante y sin fallo alguno es algo que supera las fuerzas humanas, aun del mejor de los teólogos. Sólo el Espíritu Santo, por el don de ciencia, nos lo puede proporcionar a modo de instinto divino. Y así se da el caso de personas humanamente sin cultura y hasta analfabetas que asombran a los mayores teólogos por la seguridad y profundidad con que penetran las verdades de la fe y la facilidad y acierto con que resuelven por instinto los más intrincados problemas de moral. En cambio, ¡cuántas ilusiones padecen en las vías del Señor los que no han sido iluminados por el don de ciencia! Todos los falsos místicos lo son precisamente por la ignorancia, contraria a este don.

Esta ignorancia puede ser culpable y constituir un verdadero vicio contra este don. Y lo puede ser, ya sea por ocupar voluntariamente nuestro espíritu en cosas vanas o curiosas, o aun en las ciencias humanas sin la debida moderación (dejándonos absorber excesivamente por ellas y no dando lugar al estudio de la ciencia más importante, .rce es la de nuestra propia salvación o santificación), ya por vana **presunción**, confiando demasiado en nuestra ciencia y nuestras propias luces, poniendo con ello obstáculo a los juicios que habíamos de formar con la luz del Espíritu Santo. Este abuso de la humana ciencia es el principal motivo de que abunden más los verdaderos místicos entre personas sencillas e ignorantes que entre los demasiado intelectuales y sabios según el mundo. Mientras no renuncien a su voluntaria ceguera y soberbia intelectual, no es posible que lleguen a actuar en sus almas los dones del Espíritu Santo. El mismo Cristo nos avisa en el Evangelio: «*Gracias te doy, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeñuelos*» (Mt 11,25). De manera que la **ignorancia**, contraria al don de ciencia —que puede darse y se da muchas veces en grandes sabios según el mundo—, es indirectamente voluntaria y culpable, constituyendo, por lo mismo, un verdadero vicio contra el don.

6. Medios de fomentar este don

Aparte de los medios generales para el fomento de los dones en general (recogimiento, fidelidad a la gracia, oración, etc.), he aquí los principales referentes al don de ciencia:

a) CONSIDERAR LA VANIDAD DE LAS COSAS TERRENAS.—Nunca, ni con mucho, podremos con nuestras pobres «consideracioncillas» " acercarnos a la penetrante intuición del don de ciencia sobre la vanidad de las cosas creadas; pero es indudable que podemos hacer algo meditando seriamente en ello con los procedimientos discursivos a nuestro alcance. Dios no nos pide en cada momento más que lo que entonces podemos darle; y a quien hace lo que puede de su parte, no le niega jamás su ayuda para ulteriores avances.

b) ACOSTUMBRARSE A RELACIONAR CON DIOS TODAS LAS COSAS CREADAS.—Es otro procedimiento psicológico para irse acercando poco a poco al punto

de vista en que nos colocará definitivamente el don de ciencia. No descansemos en las criaturas: pasemos a través de ellas a Dios. ¿Acaso las bellezas creadas no son un pálido reflejo de la divina hermosura? Esforcémosnos en descubrir en todas las cosas la huella y el vestigio de Dios, preparando los caminos a la acción sobrehumana del Espíritu Santo.

c) OPONERSE ENÉRGICAMENTE AL ESPÍRITU DEL MUNDO. El mundo tiene el triste privilegio de ver todas las cosas —desde el punto de vista sobrenatural—precisamente **al revés de lo que son**. No se preocupa más que de gozar de las criaturas, poniendo en ellas su felicidad, completamente de espaldas a Dios. No hay, por consiguiente, otra actitud más contraria al espíritu del don de ciencia, que nos hace despreciar las criaturas o usar de ellas únicamente por relación a Dios y en orden a El. Huyamos de las reuniones mundanas, donde se lanzan y corren como moneda legítima falsas máximas totalmente contrarias al espíritu de Dios. Renunciemos a espectáculos y diversiones tantas veces saturados o al menos influidos por el ambiente malsano del mundo. Andemos siempre alerta para no dejarnos sorprender por los asaltos de este enemigo artero, que trata de apartar nuestra vista de los grandes panoramas del mundo sobrenatural.

d) VER LA MANO DE LA PROVIDENCIA EN EL GOBIERNO DEL MUNDO Y EN TODOS LOS ACONTECIMIENTOS PRÓSPEROS O ADVERSOS DE NUESTRA VIDA.—Cuesta mucho colocarse en este punto de vista, y nunca lo conseguiremos del todo hasta que actúe en nosotros el don de ciencia, y sobre todo el de sabiduría; pero esforcémosnos en hacer lo que podamos. Es un dogma de fe que Dios cuida con amorosísima providencia de todos nosotros. Es nuestro Padre, que sabe mucho mejor que nosotros lo que nos conviene, y nos gobierna con infinito amor, aunque no acertemos muchas veces a descubrir sus secretos designios en lo que dispone o permite sobre nosotros, sobre nuestros familiares o sobre el mundo entero.

e) PREOCUPARSE MUCHO DE LA PUREZA DE CORAZÓN.— Este cuidado atraerá la bendición de Dios, que no dejará de darnos los dones que necesitamos para lograrla del todo si somos fieles a su gracia. Hay una relación muy estrecha entre la guarda del corazón y el cumplimiento exacto de todos nuestros deberes y las iluminaciones de lo alto: «*Soy más entendido que los ancianos si guardo tus preceptos*» (Sal 118,100).

EL DON DE ENTENDIMIENTO³

El don de entendimiento—lo mismo que el de ciencia, pero en otro aspecto—es el encargado de perfeccionar la virtud teologal de la fe. Vamos a estudiarlo cuidadosamente

1. Naturaleza del don de entendimiento

El don de entendimiento es un hábito sobrenatural, infundido por Dios con la gracia santificante, por el cual la inteligencia del hombre, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, se hace apta para una penetrante intuición de las cosas reveladas y aun de las naturales en orden al fin último sobrenatural.

Examinemos despacio esta definición para conocer la naturaleza íntima de este gran don.

Es UN HÁBITO SOBRENATURAL INFUNDIDO POR DIOS CON LA GRACIA SANTIFICANTE.—Este es un elemento genérico, común a todos los dones del Espíritu

³ *Idem*, cap. 13.

Santo. No son simples gracias actuales transeúntes, sino verdaderos **hábitos** infundidos en las potencias del alma en gracia para secundar con facilidad las mociones del mismo Espíritu Santo.

POR EL CUAL LA INTELIGENCIA DEL HOMBRE.—El don de entendimiento reside, en efecto, en el **entendimiento especulativo**, a quien perfecciona—previamente informado por la virtud de la fe—para recibir connaturalmente la moción del Espíritu Santo, que pondrá en acto al hábito donal.

BAJO LA ACCIÓN ILUMINADORA DEL ESPÍRITU SANTO.—Sólo el divino Espíritu puede poner en movimiento los dones de su mismo nombre. Sin su divina moción, los hábitos dónales permanecen ociosos, ya que el hombre es absolutamente incapaz de actuarlos ni siquiera con ayuda de la gracia. Son instrumentos **directos e inmediatos del Espíritu Santo**, que se constituye, por lo mismo, en **motor y regla** de los actos que de ellos proceden. De ahí proviene la **modalidad divina** de los actos dónales (única posible por exigencia intrínseca de la misma naturaleza de los dones). El hombre no puede hacer otra cosa, con ayuda de la gracia, que **disponerse** para recibir la divina moción—removiendo los obstáculos, permaneciendo fiel a la gracia, implorando humildemente esa actuación santificadora, etc.— y **secundar** libre y meritoriamente la moción del divino Espíritu cuando se produzca de hecho.

SE HACE APTA PARA UNA PENETRANTE INTUICIÓN. Es el **objeto formal** del don de entendimiento, que señala la diferencia específica entre él y la virtud teologal de la fe. Porque la virtud de la fe proporciona al entendimiento creado el conocimiento de las verdades sobrenaturales de una manera imperfecta, al **modo humano**—que es el propio y característico de las virtudes infusas cuando actúan por sí mismas, como ya vimos—, mientras que el don de entendimiento le hace apto para la penetración profunda e intuitiva (**modo sobrehumano**, divino, superracional) de esas mismas verdades reveladas. Es, sencillamente, la **contemplación infusa** de la que hablan los místicos (Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc.), que consiste en una simple y profunda intuición de la verdad: «simplex intuitus veritatis».

El don de entendimiento se distingue, a su vez, de los otros tres dones intelectivos (sabiduría, ciencia y consejo) en que su función propia es la **penetración profunda** en las verdades de la fe en plan de simple aprehensión (o sea sin emitir juicio sobre ellas), mientras que a los otros dones intelectivos corresponde el recto **juicio** sobre ellas. Este **juicio**, si se refiere a las **cosas divinas**, pertenece al don de sabiduría; si se refiere a las **cosas creadas**, es propio del don de ciencia, y si se trata de la **aplicación a los casos concretos y singulares**, corresponde al don de consejo.

DE LAS COSAS REVELADAS Y AUN DE LAS NATURALES EN ORDEN AL FIN SOBRENATURAL. Es el **objeto material** sobre el que versa o recae el don de entendimiento. Abarca todo cuanto pertenece a Dios, al hombre y a todas las criaturas con su origen y su fin. Este objeto material se extiende, pues, a todo cuanto existe; pero **primariamente** a las verdades de la fe, y **secundariamente** a todas las demás cosas que tengan cierto orden y relación con el fin último sobrenatural.

2. Necesidad del don de entendimiento

Por mucho que se ejercite la fe al modo humano o discursivo (vía **ascética**), jamás podrá llegar a su plena perfección y desarrollo. Para ello es indispensable la influencia de los dones de entendimiento y de ciencia (vía **mística**).

La razón es muy sencilla. El conocimiento humano es de suyo **discursivo**, por composición y división, por análisis y síntesis, no por simple intuición de la verdad. De esta condición general del conocimiento humano no escapan las virtudes infusas al funcionar bajo el régimen de la razón y a nuestro **modo humano** (ascética). Pero siendo el objeto primario de la fe el mismo Dios, o sea la **verdad primera manifestándose**—«veritas prima in dicendo»—, que es **simplicísima**, el modo discursivo, complejo, de conocerla no puede ser más inadecuado ni imperfecto. La fe es, de suyo, un hábito **intuitivo**, no discursivo; y por eso las verdades de la fe no pueden ser captadas en toda su limpieza y perfección (aunque siempre en el claroscuro del misterio) más que por el golpe de vista **intuitivo y penetrante** del don de entendimiento, o sea cuando la fe se haya liberado enteramente de todos los elementos **discursivos** que la impurifican y se convierta en una fe **contemplativa**. Entonces se llega a la **fe pura**, tan insistentemente inculcada por San Juan de la Cruz como único medio proporcionado para la unión de nuestro entendimiento con Dios.

Entiéndese por **fe pura**—escribe conforme a esto un autor contemporáneo¹—la adhesión del entendimiento a la verdad revelada, adhesión fundada únicamente en la autoridad de Dios que revela. **Excluye, pues, todo discurso. Desde el momento en que entra en fuego la razón, desaparece la fe pura**, porque se mezcla con ella un elemento ajeno a su naturaleza. El raciocinio puede preceder y seguir a la fe, pero no puede acompañarla sin desnaturalizarla. Cuanto más haya de discurso, menos hay de adhesión a la verdad **por la autoridad de Dios**, y, por consiguiente, menos hay de **fe pura**.

De donde se deduce hasta la evidencia la necesidad de la **contemplación mística** o infusa (causada por el don de entendimiento y los otros dones intelectuales) para llegar a la **fe pura**, sin discurso, de que habla San Juan de la Cruz; y, por consiguiente, la necesidad de la **mística** para la perfección cristiana, sin que sea suficiente la **ascética**.

3. Efectos del don de entendimiento

Son admirables los efectos que produce en el alma la actuación del don de entendimiento, todos ellos perfeccionando la virtud de la fe hasta el grado de increíble intensidad y certeza que llegó a alcanzar en los santos. Porque les manifiesta las verdades reveladas con tal claridad, que, sin descubrirles del todo el misterio, les da una seguridad inquebrantable de la verdad de nuestra fe, hasta el punto de que no les cabe en la cabeza que pueda haber incrédulos o indecisos en materia de fe. Esto se ve experimentalmente en las almas **místicas**, que tienen desarrollado este don en grado eminente: estarían dispuestas a creer lo contrario de lo que ven con sus propios ojos antes que dudar en lo más mínimo de alguna de las verdades de la fe.

Este es un don útilísimo a los teólogos—Santo Tomás lo poseía en grado extraordinario— para hacerles penetrar en lo más hondo de las verdades reveladas y **deducir después**, por el discurso teológico, las conclusiones en ellas implícitas.

El propio Doctor Angélico señala seis modos diferentes con que el don de entendimiento nos hace penetrar en lo más hondo y misterioso de las verdades de la fe.

1) NOS HACE VER LA SUSTANCIA DE LAS COSAS OCULTAS BAJO LOS ACCIDENTES.—En virtud de ese **instinto divino**, los místicos **perciben** la divina realidad oculta bajo los velos eucarísticos. De ahí su obsesión por la Eucaristía, que llega a constituir en ellos un verdadero martirio de hambre y sed. En sus visitas al sagrario no rezan, no meditan, no discurren; se limitan a contemplar al divino Prisionero del amor con una mirada simple,

sencilla y penetrante, que les llena el alma de infinita suavidad y paz: «Le miro y me mira», como dijo al santo Cura de Ars aquel sencillo aldeano poseído por el divino Espíritu.

2) NOS DESCUBRE EL SENTIDO OCULTO DE LAS DIVINAS ESCRITURAS.—Es lo que realizó el Señor con sus discípulos de Emaús cuando «*les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras*» (Lc 24,45). Todos los místicos han experimentado este fenómeno. Sin discursos, sin estudios, sin ayuda alguna de ningún elemento humano, el Espíritu Santo les descubre de pronto y con una intensidad vivísima el sentido profundo de alguna sentencia de la Escritura que les sumerge en un abismo de luz. Allí suelen encontrar su **lema**, que da sentido y orientación a toda su vida: el «*cantaré eternamente las misericordias del Señor*», de Santa Teresa (Sal 88,1); el «*si alguno es pequeñito, venga a mí*», de Santa Teresita (Prov 9,4); la «*alabanza de gloria*», de sor Isabel de la Trinidad (Ef 1,6)... Por eso se les caen de las manos los libros escritos por los hombres y acaban por no encontrar gusto más que en las palabras inspiradas, sobre todo, en las que brotaron de los labios del Verbo encarnado.

3) NOS MANIFIESTA EL SIGNIFICADO MISTERIOSO DE LAS SEMEJANZAS Y FIGURAS.—Y así San Pablo vio a Cristo en la piedra que manaba agua viva para apagar la sed de los israelitas en el desierto: «*petra autem erat Christus*» (1 Cor 10,4). Y San Juan de la Cruz nos descubre, con pasmosa intuición mística, el sentido moral, anagógico y parabólico de multitud de semejanzas y figuras del Antiguo Testamento que alcanzan su plena realización en el Nuevo, o en la vida misteriosa de la gracia.

4) NOS DESCUBRE BAJO LAS APARIENCIAS SENSIBLES LAS REALIDADES ESPIRITUALES.—La liturgia de la Iglesia está llena de simbolismos sublimes que escapan en su mayor parte a las almas superficiales. Los santos, en cambio, experimentan gran veneración y respeto a la «menor ceremonia de la Iglesia», que les inunda el alma de devoción y ternura. Es que el don de entendimiento les hace ver, a través de aquellos simbolismos y apariencias sensibles, las sublimes realidades que encierran.

5) NOS HACE CONTEMPLAR LOS EFECTOS CONTENIDOS EN LAS CAUSAS.—«Hay otro aspecto del don de entendimiento —escribe el P. Philipon— particularmente sensible en los teólogos contemplativos. Después de la dura labor de la ciencia humana, todo se ilumina de pronto bajo un impulso del Espíritu. Un mundo nuevo aparece en un principio o en una causa universal: Cristo-Sacerdote, único Mediador del cielo y de la tierra; o bien el misterio de la Virgen corredentora, llevando espiritualmente en su seno a todos los miembros del Cuerpo místico; o, en fin, el misterio de la identificación de los innumerables atributos de Dios en su soberana simplicidad y la conciliación de la unidad de esencia con la trinidad de personas en una deidad que sobrepasa infinitamente las investigaciones más secretas de toda mirada creada. Otras tantas verdades que profundiza el don de entendimiento sin esfuerzo, **sabrosamente**, en el gozo beatificante de una vida eterna comenzada en la tierra a la luz misma de Dios».

6) NOS HACE VER, FINALMENTE, LAS CAUSAS A TRAVÉS DE LOS EFECTOS.—«En sentido inverso—continúa el mismo autor—, el don de entendimiento revela a Dios y su todopoderosa causalidad en sus efectos, sin recurrir a los largos procedimientos discursivos del pensamiento humano abandonado a sus propias fuerzas, sino por simple mirada comparativa y por intuición 'a la manera de Dios'. En los indicios más imperceptibles, en los menores acontecimientos de su vida, un alma atenta al Espíritu Santo descubre de un solo trazo todo el plan de la Providencia sobre ella. Sin razonamiento dialéctico sobre las causas, la simple vista de los efectos de la justicia o de la misericordia de Dios le hace entrever todo el misterio de la

predestinación divina, el 'excesivo amor' (Ef 2,4) con que persigue a las almas para unir las a la beatificante Trinidad. A través de todo, Dios conduce a Dios».

Tales son los principales efectos que produce en el alma la actuación del don de entendimiento. Ya se comprende que, perfeccionada por él, la virtud de la fe llega a alcanzar una intensidad viví- sima. No se rompen jamás del todo en esta vida los velos del misterio— «ahora vemos poi un espejo y oscuramente» (1 Cor 13,12)—; pero sus profundidades insondables son penetradas por el alma con una vivencia tan clara y entrañable, que se acerca mucho a la visión intuitiva. Es Santo Tomás, modelo de ponderación y serenidad en todo cuanto dice, quien escribió estas asombrosas palabras: «En esta misma vida, purificado el ojo del espíritu por el don de entendimiento, puede verse a Dios en cierto modo».

Al llegar a estas alturas, la influencia de la fe se extiende a todos los movimientos del alma, iluminando todos sus pasos y haciéndola ver todas las cosas a través del prisma sobrenatural. Estas almas parece que pierden el instinto de lo humano para conducirse en todo por el **instinto de lo divino**. Su manera de ser, de pensar, de hablar, de reaccionar ante los menores acontecimientos de la vida propia o ajena, desconciertan al mundo, incapaz de comprenderlas. Diríase que padecen estrabismo intelectual para ver todas las cosas al revés de como las ve el mundo. En realidad, la visión torcida es la de este último. Aquéllos han tenido la dicha inefable de que el Espíritu Santo, por el don de entendimiento, les diera el verdadero **sentido de Cristo**—«*Nos autem sensum Christi habemus*» (1 Cor 2,16)—, que les hace ver todas las cosas a través del prisma de la fe: «*El justo vive de la fe*» (Rom 1,17).

4. Bienaventuranzas y frutos que de él se derivan

Al don de entendimiento se refiere la sexta bienaventuranza: la de los limpios de corazón (Mt 5,8).

En esta bienaventuranza, como en las demás, se indican dos cosas: una, a modo de disposición o de **mérito** (la limpieza del corazón), y otra, a modo de **premio** (el ver a Dios); y en los dos sentidos pertenece al don de entendimiento. Porque hay dos clases de **limpieza**: la del **corazón**, por la que se expelen todos los pecados y afectos desordenados, realizada por las virtudes y dones pertenecientes a la parte **apetitiva**; y la de la **mente**, depurándola de los fantasmas corporales y de los errores contra la fe, y ésta es propia del don de entendimiento. Y en cuanto a la **visión de Dios** es también doble: una, **perfecta**, por la que se ve claramente la misma esencia de Dios, y ésta es propia del cielo; y otra, **imperfecta**, que es propia del don de entendimiento, por la que, aunque no veamos directa y claramente qué cosa sea Dios, vemos qué cosa no es; y tanto más perfectamente conocemos a Dios en esta vida cuanto mejor entendemos que excede todo cuanto el entendimiento puede comprender.

En cuanto a los frutos del Espíritu Santo—que son actos exquisitos de virtud procedentes de los dones—, pertenecen al don de entendimiento, como fruto propio, la **fides**, o sea la certeza inquebrantable de la fe; y, como fruto último y acabadísimo, el **gaudium** (gozo espiritual), que reside en la voluntad

5. Vicios contrarios al don de entendimiento

Santo Tomás dedica una cuestión entera al estudio de estos vicios. Son principalmente dos: la **ceguera espiritual** y el **embotamiento del sentido espiritual**. La primera es la privación total de la visión (ceguera); la segunda, un debilitamiento notable de la misma (miopía). Y las

dos proceden de los petados carnales (lujuria y gula), por cuanto nada hay que impida tanto los vuelos del entendimiento—aun naturalmente hablando—como la vehemente aplicación a las cosas corporales que le son contrarias. Por eso la lujuria—que lleva consigo una más fuerte aplicación a lo carnal—produce la **ceguera espiritual**, que excluye casi por completo el conocimiento y aprecio de los bienes espirituales; y la gula produce el **embotamiento del sentido espiritual**, que debilita al hombre para ese conocimiento y aprecio, de manera semejante a como un objeto agudo y punzante—un clavo, por ejemplo—no puede penetrar con facilidad en la pared si tiene la punta obtusa y roma.

«Esta ceguera de la mente—escribe un autor contemporáneo—es la que padecen todas las almas tibias; porque tienen en sí el don de entendimiento; pero, engolfada su mente en las cosas de aquí abajo, faltas de recogimiento interior y espíritu de oración, derramadas continuamente por los caños de los sentidos, sin una consideración atenta y constante de las verdades divinas, no llegan jamás a descubrir las claridades excelsas que en su oscuridad encierran. Por eso las vemos frecuentemente tan engañadas al hablar de cosas espirituales, de las finezas del amor divino, de los primores de la vida mística, de las alturas de la santidad, que tal vez cifran en algunas obras externas cubiertas con la roña de sus miras humanas, teniendo por exageraciones y excentricidades las delicadezas que el Espíritu Santo pide a las almas.

Estos son los que quieren ir por el **camino de las vacas**, como se dice vulgarmente; bien afincados en la tierra, para que el Espíritu Santo no pueda levantarlos por los aires con su sopro divino; entretenidos en hacer montoncitos de arena, con los que pretenden escalar el cielo. Padecen esa ceguera espiritual, que les impide ver la santidad infinita de Dios, las maravillas que su gracia obra en las almas, los heroísmos de abnegación que pide para corresponder a su amor inmenso, las locuras de amor por aquel a quien el amor condujo a la locura de la cruz. Los pecados veniales los tienen en poco, y sólo perciben los de más bulto, haciendo caso omiso de lo que llaman imperfecciones. Son ciegos, porque no echan mano de esa antorcha que alumbra un lugar caliginoso (2 Pe 1,19), y muchas veces, con presunción, pretenden guiar a otros ciegos (Mt 15,14).

El que padece, pues, esta ceguera o esta miopía en su vista interior, que le impide penetrar las cosas de la fe hasta lo más mínimo, no carece de culpa, por la negligencia y descuido con que las busca, por el fastidio que le causan las cosas espirituales, amando más las que le entran por los sentidos».

6. Medios de fomentar este don

Como ya hemos dicho repetidas veces, la actuación de los dones del Espíritu Santo depende enteramente del mismo divino Espíritu. Pero el alma puede hacer mucho de su parte **disponiéndose**, con ayuda de la gracia, para esa divina actuación. He aquí los principales medios:

a) AVIVAR LA FE, CON AYUDA DE LA GRACIA ORDINARIA.— Sabido es que las virtudes infusas se perfeccionan y desarrollan con la práctica cada vez más intensa de las mismas. Y aunque es verdad que, sin salir de su actuación al **modo humano** (vía ascética), no podrán jamás alcanzar su plena perfección y desarrollo, es disposición excelente para que el Espíritu Santo venga a perfeccionarlas con los dones el hacer todo cuanto esté de nuestra parte por los procedimientos ascéticos a nuestro alcance. Es un hecho que, según su providencia ordinaria, Dios da sus gracias a quien mejor se dispone para recibirlas.

b) PERFECTA PUREZA DE ALMA Y CUERPO.—Al don de entendimiento, como acabamos de ver, corresponde la sexta bienaventuranza, que se refiere a los «limpios de corazón». Sólo con la perfecta limpieza de alma y cuerpo se hace el alma capaz de **ver a Dios**: en esta vida, en el claroscuro de la fe iluminada profundamente por el don de entendimiento, y en la otra, con la clara visión de la gloria. La impureza es incompatible con ambas cosas.

c) RECOGIMIENTO INTERIOR.—El Espíritu Santo es amigo del recogimiento y de la soledad. Sólo allí habla en silencio a las almas: «Las llevaré a la soledad y le hablaré al corazón» (Os 2,14). El alma amiga de la disipación y del bullicio no percibirá jamás la voz de Dios en su interior. Es preciso hacer el vacío a todas las cosas creadas, retirarse a la celda del corazón para vivir allí con el divino Huésped hasta conseguir gradualmente no perder nunca la presencia de Dios aun en medio de los quehaceres más absorbentes. Cuando el alma haya hecho de su parte todo cuanto pueda para recogerse y aislarse de todo lo no necesario, el Espíritu Santo hará lo demás.

d) FIDELIDAD A LA GRACIA.—El alma ha de estar siempre atenta a no negar al Espíritu Santo cualquier sacrificio que le pida: «*Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones.*» (Sal 94,8). No solamente ha de evitar cualquier falta **plenamente voluntaria**, que, por pequeña que fuese, contristaría al Espíritu Santo, según la misteriosa expresión de San Pablo: «*Guardaos de entristecer al Espíritu Santo de Dios.*» (Ef 4,30), sino que ha de secundar positivamente todas sus divinas mociones hasta poder decir con Cristo: «*Yo hago siempre lo que es de su agrado.*» (Jn 8,29). No importa que a veces los sacrificios que nos pida parezcan superar nuestras fuerzas. Con la gracia de Dios, todo se puede—«*todo lo puedo en aquel que me conforta.*» (Flp 4,13)—y siempre nos queda el recurso a la oración para pedirle al Señor por adelantado eso mismo que quiere que le demos: «*Dadme, Señor, lo que mandáis y mandad lo que queráis.*». En todo caso, para evitar inquietudes y zozobras en esta fidelidad **positiva** a la gracia, contemos siempre con el control y los consejos de un sabio y experimentado director espiritual.

e) INVOCAR AL ESPÍRITU SANTO.—Pero ninguno de estos medios podremos practicar sin la ayuda de la gracia **proveniente** del mismo Espíritu Santo. Por eso hemos de invocarle con frecuencia y con el máximo fervor posible, recordándole a nuestro Señor su promesa de enviarnoslo (Jn 14,16-17). La secuencia de la fiesta de Pentecostés («Veni, Sancte Spiritus»), el himno de tercia («Veni, Creator Spiritus») y la oración litúrgica de esta fiesta («Deus, qui corda fidelium...») deberían ser, después del Padrenuestro Avemaría, las oraciones predilectas de las almas interiores. Repitémoslas muchas veces hasta obtener aquel **recta sapere** que nos ha de dar el Espíritu Santo. Y, a imitación de los apóstoles cuando se retiraron al cenáculo para esperar la venida del Paráclito, asociemos a nuestras súplicas las del Corazón Inmaculado de María—«*Cum Maria matre Iesu.*» (Act 1,14)—, la Virgen fidelísima y celestial esposa del Espíritu Santo.

EL DON DE SABIDURÍA⁴

El don más alto de todos es el de la Sabiduría va a perfeccionar la virtud teologal de la Caridad.

El don encargado de llevar a su última perfección la virtud de la caridad es el de **sabiduría**. Siendo la caridad la más perfecta y excelente de todas las virtudes, ya se comprende que el don

⁴ *Idem*, cap 14.

de sabiduría será, a su vez, el más perfecto y excelente de todos los dones. Vamos a estudiarlo con la atención que se merece

1. Naturaleza del don de sabiduría

El don de sabiduría es un hábito sobrenatural, inseparable de la caridad, por el cual juzgamos rectamente de Dios y de las cosas divinas por sus últimas y altísimas causas bajo el instinto especial del Espíritu Santo, que nos las hace saborear por cierta connaturalidad y simpatía.

Explicaremos despacio la definición para darnos cuenta exacta de la verdadera naturaleza de este gran don.

Es UN HÁBITO SOBRENATURAL, o sea infundido por Dios en el alma juntamente con la gracia y las virtudes infusas, como todos los demás dones.

INSEPARABLE DE LA CARIDAD.—Es precisamente la virtud que viene a perfeccionar, dándole una **modalidad divina**, de la que carece sometida al régimen de la razón humana, aun iluminada por la fe. Por esta su conexión con la caridad poseen el don de sabiduría (en cuanto **hábito**) todas las almas en gracia y es incompatible con el pecado mortal. Lo mismo ocurre con los demás dones.

POR EL CUAL JUZGAMOS RECTAMENTE.—En esto, entre otras cosas, se distingue del don de entendimiento. Lo propio de este último—como ya dijimos—es una penetrante y profunda intuición de las verdades de la fe en plan de **simple aprehensión**, sin emitir juicio sobre ellas. El juicio lo emiten los otros dones intelectivos en la siguiente forma: acerca de las cosas **creadas**, el don de ciencia; y en cuanto a la aplicación concreta a **nuestras acciones**, el don de consejo.

En cuanto que supone un **juicio**, el don de sabiduría reside en el entendimiento como en su sujeto propio; pero como el **juicio, por connaturalidad con las cosas divinas**, supone necesariamente la caridad, el don de sabiduría tiene su raíz **causal** en la caridad, que reside en la voluntad. Y no se trata de una sabiduría puramente especulativa, sino también **práctica**, ya que al don de sabiduría pertenece, en primer lugar, la contemplación de lo divino, que es como la **visión de los principios**; y en segundo lugar, dirigir los actos humanos según razones **divinas**. En virtud de esta suprema dirección de la sabiduría por razones divinas, la amargura de los actos humanos se convierte en dulzura, y el trabajo en descanso.

DE DIOS.—Esta diferencia es propísima del don de sabiduría. Los demás dones perciben, juzgan o actúan sobre cosas distintas de Dios. El don de sabiduría, en cambio, recae primaria y principalísimamente sobre el mismo Dios, del que nos da un **conocimiento sabroso y experimental**, que llena al alma de indecible suavidad y dulzura. Precisamente en virtud de esta inefable **experiencia de Dios**, el alma juzga todas las demás cosas que a El pertenecen por las más altas y supremas razones, o sea por razones **divinas**; porque, como explica Santo Tomás, el que conoce y saborea la causa altísima por excelencia, que es el mismo Dios, está capacitado para juzgar todas las cosas por sus propias razones divinas. Volveremos sobre esto al señalar los **efectos** que produce en el alma este don.

Y DE LAS COSAS DIVINAS.—Propiamente sobre las cosas divinas recae el don de sabiduría, pero esto no es obstáculo para que su juicio se extienda también a las cosas creadas, descubriendo en ellas sus **últimas causas y razones** que las entroncan y relacionan con Dios en el conjunto maravilloso de la creación. Es como una visión **desde la eternidad** que abarca todo lo creado con una mirada escrutadora, relacionándolo con Dios en su más alta y profunda

significación por sus razones divinas. Aun las cosas creadas son contempladas por el don de sabiduría **divinamente**.

Por aquí aparece claro que el objeto formal o primario del don de sabiduría contiene el objeto formal o primario y el material de la fe; porque la fe mira primariamente a Dios, y secundariamente a las otras verdades reveladas. Pero se diferencia de ella en que la fe se limita a **creer**, y el don de sabiduría **experimenta y saborea** lo que la fe cree.

POR SUS ÚLTIMAS Y ALTÍSIMAS CAUSAS.—Esto es lo propio y característico de toda verdadera sabiduría. Para cuya inteligencia es de saber que hay varias clases de sabiduría que conviene recordar aquí. **Sabio**, en general, es aquel que conoce las cosas por sus últimas y más altas causas. Antes de llegar a esas alturas hay diversos grados de conocimiento, tanto en el orden natural como en el sobrenatural.

Y así:

a) El que contempla una cosa cualquiera sin conocer sus causas, tiene de ella un conocimiento **vulgar** o **superficial** (v.gr., el aldeano que contempla un eclipse sin saber a qué se debe aquello).

b) El que la contempla conociendo y señalando sus causas **próximas**, tiene un conocimiento **científico** (v.gr., el astrónomo ante el eclipse).

c) El que puede reducir sus conocimientos a los últimos principios del ser natural, posee la **sabiduría filosófica**, o meramente natural, que recibe el nombre de **metafísica**.

d) El que, **guiado por las luces de la fe**, escudriña con su razón natural los datos revelados para arrancarles sus virtualidades intrínsecas y deducir nuevas conclusiones, posee la **máxima sabiduría natural** que se puede alcanzar en esta vida (la **teología**), entroncada ya, **radicalmente**, con el orden sobrenatural.

e) Y el que, presupuesta la fe y la gracia, juzga por **instinto divino** las cosas divinas y humanas por sus últimas y altísimas causas— o sea por sus razones **divinas**—, posee la auténtica **sabiduría sobrenatural**, que es, precisamente, la que proporciona al alma el don de sabiduría en plena actuación. Por encima de este conocimiento no hay ningún otro en esta vida. Sólo le superan la **visión beatífica** y la **Sabiduría increada** de Dios, que es el Verbo divino.

Por donde aparece claro que el conocimiento que proporciona al alma la actuación intensa del don de sabiduría es incomparablemente superior al de todas las ciencias, incluyendo la misma sagrada teología, que tiene ya algo de divina. Por eso se da a veces el caso de un alma sencilla e ignorante, que carece en absoluto de conocimientos adquiridos por el estudio, y que, sin embargo, posee, por el don de sabiduría, un conocimiento profundísimo de las cosas divinas que pasma y maravilla a los más eminentes teólogos, como ocurrió con Santa Teresa y otras muchas almas que no tenían «detras», o sea estudio científico ninguno.

BAJO EL INSTINTO ESPECIAL DEL ESPÍRITU SANTO.—Es lo propio y característico de los dones del mismo divino Espíritu, que adquiere su exponente máximo en el don de sabiduría por lo altísimo de su objeto: el mismo Dios y las cosas divinas. El hombre, bajo la acción de los dones, no procede por lento discurso y raciocinio, sino de una manera rápida e **intuitiva**, por un instinto especial, que procede del Espíritu Santo mismo. No les preguntemos a los místicos experimentales las razones que han tenido para obrar así o para pensar o decir tal o cual cosa, pues no lo saben. Lo han **sentido así** con una clarividencia y seguridad infinitamente superiores a todos los discursos y razonamientos humanos.

QUE NOS LAS HACE SABOREAR POR CIERTA CONNATURALIDAD Y SIMPATÍA.—Es otra nota típica de los dones, que alcanza su máxima perfección en el de sabiduría, que es de suyo un conocimiento **sabroso y experimental** de Dios y de las cosas divinas. Aquí la palabra **sabiduría** significa, a la vez, **saber** y **sabor**. Las almas que la experimentan comprenden muy bien el sentido de aquellas palabras del salmo: «**Gustad y ved** cuán suave es el Señor» (Sal 33,9). Experimentan deleites divinos que las empujan al éxtasis y les hacen presentir un poco los goces inefables de la eternidad bienaventurada.

2. Necesidad del don de sabiduría

El don de sabiduría es absolutamente necesario para que la virtud de la caridad pueda desarrollarse en toda su plenitud y perfección. Precisamente por ser la virtud más excelente, la más perfecta y divina de todas, está reclamando y exigiendo, por su misma naturaleza, la regulación divina del don de sabiduría. Abandonada a sí misma, o sea manejada por el hombre en el estado ascético, tiene que someterse a la regulación **humana**, al pobre **modo humano** que forzosamente le imprimirá el hombre. Ahora bien, esta atmósfera **humana** se le hace poco menos que irrespirable; la ahoga y asfixia, impidiéndole volar a las alturas. Es una virtud **divina** que tiene alas para volar hasta el cielo, y se la obliga a moverse a ras del suelo: por razones humanas, hasta cierto punto, sin comprometerse mucho, con grandísima **prudencia**, con mezquindades raquílicas, etc. Únicamente cuando empieza a recibir la influencia del don de sabiduría, que le proporciona la atmósfera y **modalidad divina** que ella necesita por su propia naturaleza de virtud teologal perfectísima, empieza la caridad, por decirlo así, a respirar a sus anchas. Y, por una consecuencia natural e inevitable, empieza a crecer y desarrollarse rápidamente, llevando consigo al alma, como en volandas, por las regiones de la **vida mística** hasta la cumbre de la perfección, que jamás hubiera podido alcanzar sometida a la atmósfera y regulación humana en el estado ascético.

De esta sublime doctrina se deducen como corolarios inevitables dos cosas importantísimas. Primera: que el **estado místico** (o sea el régimen habitual o predominante de los dones del Espíritu Santo) no sólo no es algo anormal y extraordinario en el desarrollo de la vida cristiana, sino que es, precisamente, la **atmósfera normal** que exige y reclama la gracia (forma **divina** en sí misma) para que pueda desarrollar todas sus virtualidades divinas a través de sus **principios operativos** (virtudes y dones), principalmente de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), que son absolutamente **divinas** en sí mismas. Lo místico debería ser precisamente **lo normal** en todo cristiano, y lo es, de hecho, en todo cristiano perfecto. Y segunda: que una actuación de los dones del Espíritu Santo al **modo humano**, además de imposible y absurda, sería completamente inútil para perfeccionar las virtudes infusas, sobre todo las teologales; porque, siendo estas últimas superiores a los mismos dones por su propia naturaleza, la única perfección que pueden recibir de ellos es la **modalidad divina** (propia y exclusiva de los dones), jamás una modalidad **humana**, que ya tienen las virtudes teologales abandonadas a sí mismas en el estado ascético, o sea sometidas a la regulación humana de la pobre alma imperfectamente iluminada por la luz oscura de la fe.

3. Efectos del don de sabiduría

Por su propia elevación y grandeza y por lo sublime de la virtud que ha de perfeccionar directamente, los efectos que produce en el alma la actuación del don de sabiduría son verdaderamente admirables. He aquí algunos de los más importantes:

1. LES DA A LOS SANTOS EL SENTIDO DIVINO, DE ETERNIDAD, CON QUE JUZGAN TODAS LAS COSAS.—Es el más impresionante de los efectos del don de sabiduría que aparecen al exterior. Diríase que los santos han perdido por completo el **instinto de lo humano** y que ha sido sustituido por el **instinto de lo divino**, con que ven y enjuician todas las cosas. Todo lo ven desde las alturas, desde el punto de vista de Dios: los pequeños episodios de su vida diaria, lo mismo que los grandes acontecimientos internacionales. En todas las cosas ven clarísima la mano de Dios, que dispone o permite aquellas cosas para sacar mayores bienes. Nunca se fijan en las causas segundas inmediatas; pasan por ellas, sin detenerse un instante, hasta la causa primera, que lo rige y gobierna todo desde arriba. Tendrían que hacerse gran violencia para descender a los puntos de vista con que juzga las cosas la mezquindad humana. Un insulto, una bofetada, una calumnia que se lance contra ellos..., y en el acto se remontan hasta Dios, que lo quiere o lo permite para ejercitarles en la paciencia y aumentar su gloria. No se detienen un instante en la causa segunda (la maldad de los hombres); se remontan en seguida hasta Dios y juzgan el hecho desde aquellas alturas divinas. No llaman **desgracia** a lo que los hombres suelen llamarlo (enfermedad, persecución, muerte), sino únicamente a lo que lo es en realidad, por serlo delante de Dios (el pecado, la tibieza, la infidelidad a la gracia). No comprenden que el mundo pueda considerar como **riquezas y joyas** a unos cuantos cristalitos que brillan un poco más que los demás (SANTA TERESA). Ven clarísimamente que no hay otro tesoro verdadero que Dios o las cosas que nos llevan a El. «¿De qué me vale esto para la eternidad, para glorificar a Dios?», solía preguntarse San Luis Gonzaga; he ahí el único criterio diferencial de los santos para juzgar del valor de las cosas.

Entre otros muchos santos, este don de sabiduría brilló en grado eminente en Santo Tomás de Aquino. Es admirable el instinto sobrenatural con que descubre en todas las cosas el aspecto **divino** que las relaciona y une con Dios. Un acierto tan grande, tan rotundo, tan universal en todo cuanto toca, no puede explicarse suficientemente por una sabiduría humana por muy elevada que se la suponga; es preciso pensar en el instinto divino del don de sabiduría.

En nuestros días es admirable el caso de sor Isabel de la Trinidad. Según el P. Philipon—que ha estudiado tan a fondo las cosas de la célebre carmelita de Dijon—, el don de sabiduría es el más característico de su doctrina mística y de su vida arrebatada su alma por una sublime vocación contemplativa hasta el seno mismo de la Trinidad Beatísima, en ella estableció su morada permanente, y desde aquellas divinas alturas contemplaba y juzgaba todas las cosas y acontecimientos humanos. Las mayores pruebas, sufrimientos y contrariedades no acertaban a perturbar un momento la paz inefable de su alma: todo resbalaba sobre ella, dejándola «inmóvil y tranquila, como si su alma estuviera ya en la eternidad»...

2. LES HACE VIVIR DE UN MODO ENTERAMENTE DIVINO LOS MISTERIOS DE NUESTRA SANTA FE . — Escuchemos al padre Philipon explicando admirablemente estas cosas: «El don de sabiduría es el don real, el que hace entrar más profundamente a las almas en la participación del modo deiforme de la ciencia divina. Es imposible elevarse más alto fuera de la visión beatífica, que sigue siendo su regla superior. Es la mirada del «Verbo espirando al Amor» comunicada a un alma que juzga todas las cosas por sus causas más altas, más divinas, por las razones supremas, 'a la manera de Dios'.

Introducida por la caridad en la intimidad de las personas divinas y como en el corazón de la Trinidad, el alma divinizada, bajo el impulso del Espíritu de amor, contempla todas las cosas desde ese centro, punto indivisible donde se le presentan como a Dios mismo: los atributos divinos, la creación, la redención, la gloria, el orden hipostático, los más pequeños acontecimientos del mundo. En la medida en que es posible a una simple creatura, su

mirada tiende a identificarse con el ángulo de visión que Dios tiene de sí mismo y de todo el universo. Es la contemplación al modo deiforme, a la luz de la experiencia de la deidad, de la que el alma experimenta en sí misma la inefable dulzura: **per quam experientiam dulcedinis** (I-II q.112 a.5).

Para comprender esto es preciso recordar que Dios no puede ver las cosas más que en sí mismo: en su causalidad. No conoce las criaturas directamente en sí mismas, ni en el movimiento de las causas contingentes y temporales que regulan su actividad. Él las contempla en su Verbo, bajo un modo eternal, apreciando todos los acontecimientos de su providencia a la luz de su esencia y de su gloria.

El alma, hecha participante por el don de sabiduría de este modo divino de conocer, penetra con mirada escrutadora en las profundidades insondables de la divinidad, a través de las cuales contempla todas las cosas **coloreadas de lo divino**. Diríase que San Pablo pensaba en estas almas cuando escribió aquellas asombrosas palabras: *‘El Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios’ (1 Cor 2,10)*».

3. LES HACE VIVIR EN SOCIEDAD CON LAS TRES DIVINAS PERSONAS, MEDIANTE UNA PARTICIPACIÓN INEFABLE DE SU VIDA TRINITARIA.— «Mientras que el don de ciencia—escribe todavía el P. Philipon—toma un movimiento ascendente para elevar al alma desde las criaturas hasta Dios, y el de entendimiento, por una simple mirada de amor, penetra todos los misterios de Dios por fuera y por dentro, el don de sabiduría, por así decirlo, no sale jamás del corazón mismo de la Trinidad. Todo se le presenta en este centro indivisible. El alma así deiforme no puede ver las cosas más que por sus razones más altas y divinas. Todo el movimiento del universo, hasta los menores átomos, cae bajo su mirada a la purísima luz de la Trinidad y de los atributos divinos, pero ordenadamente, según el ritmo en que las cosas proceden de Dios. Creación, redención, orden hipostático, todo se le presenta, aun el mismo mal, ordenado a la mayor gloria de la Trinidad. Elevándose, en fin, en una suprema mirada por encima de la justicia, de la misericordia, de la providencia y de todos los atributos divinos, descubre de pronto todas esas perfecciones increadas en su fuente eternal: en esta deidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que sobrepuja infinitamente todas nuestras concepciones humanas, estrechas y mezquinas, y deja a Dios incomprendible, inefable, incluso a la mirada de los bienaventurados y aun a la mirada beatífica de Cristo; este Dios que es, a la vez, en su simplicidad sobreeminente, unidad y trinidad, esencia indivisible y sociedad de tres personas vivientes, realmente distintas según un orden de procesión que no suprime en modo alguno su consustancial unidad. El ojo humano no hubiera podido jamás descubrir un tal misterio, ni el oído percibir tales armonías, ni el corazón sospechar una tal beatitud si por gracia la divinidad no se hubiera inclinado hasta nosotros en Cristo para hacernos entrar en estas insondables profundidades de Dios bajo la dirección misma de su Espíritu».

El alma llegada a estas alturas ya no sale nunca de Dios. Si los deberes de su estado así lo exigen, se entrega exteriormente a toda clase de trabajos, aun los más absorbentes, con una actividad increíble; pero «en el más profundo centro de su alma—como diría San Juan de la Cruz—siente permanentemente la divina compañía de 'sus Tres' y no les abandona un solo instante. Se han juntado en ella Marta y María de modo tan inefable, que la actividad prodigiosa de Marta en nada compromete el sosiego y la paz de María, que permanece día y noche en silenciosa y entrañable contemplación a los pies de su divino Maestro. Su vida acá en la tierra es ya un comienzo de la eternidad bienaventurada».

4. LLEVA HASTA EL HEROÍSMO LA VIRTUD DE LA CARIDAD. Es precisamente la finalidad fundamental del don de sabiduría. Liberada de sus ataduras humanas y recibiendo a pleno pulmón el aire divino que el don le proporciona, el fuego de la caridad adquiere muy pronto proporciones gigantescas. Es increíble hasta dónde llega el amor de Dios en las almas trabajadas por el don de sabiduría. Su efecto más impresionante es la muerte total al propio **yo**. Aman a Dios con un amor purísimo, por sola su infinita bondad, sin mezcla de interés o de motivos humanos. Es verdad que no renuncian a la esperanza del cielo, sino que lo desean más que nunca; pero es porque en él podrán amar a Dios con mayor intensidad aún y sin descanso ni interrupción alguna. Si, por un imposible, pudieran amar y glorificar más a Dios en el infierno que en el cielo, preferirían sin vacilar los tormentos eternos⁵. Es el triunfo definitivo de la gracia, con la muerte total al propio egoísmo. Entonces es cuando empiezan a cumplir el primer mandamiento de la ley de Dios con toda la plenitud posible en este pobre destierro.

En el aspecto que mira al prójimo, la caridad llega, paralelamente, a una perfección sublime a través del don de sabiduría. Acostumbrados a ver a Dios en todas las cosas, aun en los más mínimos acontecimientos, lo ven de una manera especialísima en el prójimo. Le aman con una ternura profunda, enteramente sobrenatural y divina. Le sirven con una abnegación heroica, llena, por otra parte, de naturalidad y sencillez. Ven a Cristo en los pobres, en los que sufren, en el corazón de todos sus hermanos..., y corren a ayudarlo con el alma llena de amor. Gozan privándose de las cosas más necesarias o útiles para ofrecérselas al prójimo, cuyos intereses anteponen y prefieren a los propios, como antepondrían los del mismo Cristo, con quien le ven identificado. El egoísmo personal con relación al prójimo ha muerto enteramente. A veces, el amor de caridad que abrasa su corazón es tan grande que rebosa al exterior en divinas locuras que desconciertan la prudencia y los cálculos humanos. San Francisco de Asís se abrazó estrechamente a un árbol—como criatura de Dios—, queriendo con ello estrechar en un abrazo inmenso a toda la creación universal, salida de las manos de Dios...

5. PROPORCIONA A TODAS LAS VIRTUDES EL ÚLTIMO RASGO DE PERFECCIÓN Y ACABAMIENTO.—Es una consecuencia necesaria del efecto anterior. Perfeccionada por el don de sabiduría, la caridad deja sentir su influencia sobre todas las demás virtudes, de la que es verdadera **forma**, aunque extrínseca y accidental, como enseña Santo Tomás. Todo el conjunto de la vida cristiana experimenta esta divina influencia. Es ese **no sé qué** de perfecto y acabado que tienen las virtudes de los santos, y que en vano buscaríamos en almas menos adelantadas. En virtud de esta influencia del don de sabiduría a través de la caridad, todas las virtudes cristianas se elevan de plano y adquieren una modalidad **deiforme**, que admite innumerables matices (según el carácter personal y el género de vida de los santos), pero todos tan sublimes que no se podría precisar cuál de ellos es el más delicado y exquisito. Muerto definitivamente el egoísmo, perfecta en toda clase de virtudes, el alma se instala en la cumbre de la montaña de la santidad, donde se lee aquella inscripción sublime: «Sólo mora en este monte la honra y gloria de Dios» (SAN JUAN DE LA CRUZ).

⁵ Este sentimiento lo han experimentado gran número de santos. Véase, por ejemplo, con qué sencilla y sublime delicadeza lo expone Santa Teresita del Niño Jesús: «Una noche, no sabiendo cómo testificar a Jesús que le amaba y cuan vivos eran mis deseos de que fuera servido y glorificado por doquier, me sobrecogió el pensamiento triste de que nunca jamás, desde el abismo del infierno, le llegaría un solo acto de amor. Entonces le dije que **con gusto consentiría en verme abismada en aquel lugar de tormentos y de blasfemias para que también allí fuera amado eternamente**. No podía glorificarle así, ya que Él no desea sino nuestra bienaventuranza; pero cuando se ama, se ve uno forzado a decir mil locuras» (**Historia de un alma** c.5 n.23; 3." ed., Burgos 1950).

4. Bienaventuranzas y frutos que de él se derivan

Santo Tomás, siguiendo a San Agustín, adjudica al don de sabiduría la séptima bienaventuranza: «Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). Y prueba que le conviene en sus dos aspectos: en cuanto al mérito y en cuanto al premio. En cuanto al mérito («los pacíficos»), porque la paz no es otra cosa que «la tranquilidad del orden»; y establecer el orden (para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo) pertenece precisamente a la sabiduría. Y en cuanto al premio («serán llamados hijos de Dios»), porque precisamente somos hijos adoptivos de Dios por nuestra participación y semejanza con el Hijo unigénito del Padre, que es la Sabiduría eterna.

En cuanto a los frutos del Espíritu Santo, pertenecen al don de sabiduría, a través de la caridad, principalmente estos tres: la **caridad**, el **gozo espiritual** y la **paz**

5. Vicios opuestos

Al don de sabiduría se opone el vicio de la **estulticia** o necedad espiritual que consiste en cierto embotamiento del juicio y del sentido espiritual que nos impide discernir o juzgar las cosas de Dios según el mismo Dios por contacto, gusto o connaturalidad, que es lo propio del don de sabiduría. Más lamentable todavía es la **fatuidad**, que lleva consigo la incapacidad total para juzgar de las cosas divinas. De donde la estulticia se opone al don de sabiduría como cosa contraria; y la fatuidad, como la pura negación.

«De esta estupidez adolecemos siempre que apreciamos en algo las naderías de este mundo o juzgamos que vale algo cualquier cosa que no sea la posesión del sumo bien o lo que a ella conduce. De ahí que, si no somos santos, tenemos que reconocer que somos verdaderamente estúpidos, por mucho que a nuestro amor propio le duela».

Cuando esta estupidez es voluntaria por haberse sumergido el hombre en las cosas terrenas hasta perder de vista o hacerse inepto para contemplar las divinas, es un verdadero pecado, según aquello de San Pablo: «*El hombre animal no comprende las cosas del Espíritu de Dios*» (**1 Cor 3.14**). Y como no hay cosa que embrutezca y animalice más al hombre, hasta sumergirle por completo en el fango de la tierra, que la **lujuria**, de ella principalmente proviene la estulticia o necedad espiritual; si bien contribuye también a ella la **ira**, que ofusca la mente por la fuerte conmoción corporal, impidiéndole juzgar con rectitud.

6. Medios de fomentar este don

Aparte de los medios generales que ya conocemos (recogimiento, vida de oración, fidelidad a la gracia, invocación frecuente del Espíritu Santo, profunda humildad, etc.), podemos disponernos para la actuación del don de sabiduría con los siguientes medios, que están perfectamente a nuestro alcance con ayuda de la gracia ordinaria:

a) ESFORZARNOS EN VER TODAS LAS COSAS DESDE EL PUNTO DE VISTA DE DIOS . — ¡Cuántas almas piadosas y hasta consagradas a Dios ven y enjuician todas las cosas desde un punto de vista puramente **natural** y **humano**, cuando no del todo **mundano**! Su cortedad de vista y miopía espiritual es tan grande que nunca aciertan a remontar sus miradas por encima de las causas puramente humanas para ver los designios de Dios en todo cuanto ocurre. Si se les molesta—aunque sea inadvertidamente—, se enfadan y lo llevan muy a mal. Si un superior les corrige algún defecto, en seguida le tachan de exigente, tirano y

cruel. Si les manda alguna cosa que no encaja con sus gustos, lamentan su «incomprensión», su «despiste», su completa «ineptitud para mandar». Si se les humilla, ponen el grito en el cielo. A su lado hay que proceder con la misma cautela y precaución que si se tratara de una persona mundana enteramente desprovista de espíritu sobrenatural. ¡No es de extrañar que el mundo ande tan mal cuando los que deberían dar ejemplo andan tantas veces así!

No es posible que en tales almas actúe jamás el don de sabiduría. Ese espíritu tan imperfecto y **humano** tiene completamente asfixiado el hábito de los dones. Hasta que no se esfuercen un poco en levantar sus miradas al cielo y, **prescindiendo de las causas segundas**, no acierten a ver la mano de Dios en todos los acontecimientos prósperos o adversos que les suceden, seguirán siempre arrastrando por el suelo su pebre y penosa vida espiritual. Para aprender a volar hay que batir muchas veces las alas hacia lo alto; al precio que sea y cueste lo que cueste.

b) COMBATIR LA SABIDURÍA DEL MUNDO, QUE ES ESTULTICIA Y NECEDAD ANTE DIOS. — La frase, como es sabido, es de San Pablo (1 Cor 3,19). El mundo llama sabios a los necios ante Dios (1 Cor 1,25). Y, por una antítesis inevitable, los sabios ante Dios son los que el mundo llama necios (1 Cor 1,27; 3,18). Y como el mundo está lleno de esta suerte que estulticia y necedad, por eso nos dice la misma Sagrada Escritura que «*es infinito el número de los necios*» (**Ecl 1,15**).

«En efecto—escribe el P. Lallemand—, la mayor parte de los hombres tienen el gusto depravado y se les puede con justa razón llamar locos, puesto que hacen todas sus acciones poniendo su último fin, al menos prácticamente, en la criatura y no en Dios. Cada uno tiene algún objeto al que se apega y refiere todas las demás cosas, no teniendo casi afección o pasión sino en dependencia de ese objeto; y esto es ser verdaderamente loco.

¿Queremos conocer si somos del número de los sabios o de los necios? Examinemos nuestros gustos y disgustos, ya sea ante Dios y las cosas divinas, ya entre las criaturas y las cosas terrenas. ¿De dónde nacen nuestras satisfacciones y sinsabores? ¿En qué cosas encuentra nuestro corazón su reposo y contentamiento?

Esta suerte de examen es un excelente medio para adquirir la pureza de corazón. Deberíamos familiarizarnos con él, examinando con frecuencia durante el día nuestros gustos y disgustos y tratando poco a poco de referirlos a Dios.

Hay tres clases de sabiduría reprobadas en la Sagrada Escritura (Sant 3,15), que son otras tantas verdaderas locuras: la **terrena**, que no gusta más que de las riquezas; la **animal**, que no apetece más que los placeres del cuerpo, y la **diabólica**, que pone su fin en su propia excelencia.

Y hay una locura que es verdadera sabiduría ante Dios: amar la pobreza, el desprecio de sí mismo, las cruces, **las** persecuciones, es ser loco según el mundo. Y, sin embargo, la sabiduría, que es un don del Espíritu Santo, no es otra cosa que esta locura, que no gusta sino de lo que nuestro Señor y los santos han gustado. Pero Jesucristo ha dejado en todo cuanto tocó en su vida mortal—como en la pobreza, en la abyección, en la cruz—un *soave olor*, un sabor delicioso; mas son pocas las almas con los sentidos suficientemente finos para percibir *ese olor* y paladear este sabor, que son del todo sobrenaturales. Los santos **han corrido tras el olor de estos** pcru-r.es (Cant 1,3); como un San Ignacio, que se regocijaba de verse menospreciado; un San Francisco, que amaba tan apasionadamente la abyección, que hacía cosas para quedar en ridículo; un Santo Domingo, que se encontraba más a gusto en Carcasona, donde era ordinariamente escarnecido, que en Tolosa, donde todo el mundo le honraba».

c) NO AFICIONARSE DEMASIADO A LAS COSAS DE ESTE MUNDO AUNQUE SEAN BUENAS Y HONESTAS.—La ciencia, el arte, la cultura humana, el progreso material de las naciones, etc., son cosas de suyo buenas y honestas si se las encauza y ordena rectamente. Pero, si nos entregamos a esas cosas con **demasiado afán y ardor**, no dejarán de perjudicarnos seriamente. Acostumbrado nuestro paladar al gusto de las criaturas, experimentará cierta torpeza o estulticia para saborear las cosas de Dios, tan superiores en todo. El haberse dejado absorber por el apetito desordenado de la ciencia—aun de la sagrada y teológica—, tiene paralizadas en su vida espiritual a una multitud de almas, que se acarrearán con ello una pérdida irreparable; pierden el gusto de la vida interior, abandonan o acortan la oración, se dejan absorber por el trabajo intelectual y descuidan la «única cosa necesaria» de que nos habla el Señor en el Evangelio (Le 10,42). ¡Lástima grande, que lamentarán en el otro mundo cuando ya no tenga remedio!

«Qué diferentes—continúa el P. Lallemand—son los juicios de Dios de los de los hombres! La sabiduría divina es una locura a juicio de los hombres, y la sabiduría humana es una locura a juicio de Dios. A nosotros toca ver con cuál de estos juicios queremos conformar el nuestro. Es preciso tomar el uno o el otro por regla de nuestros actos. Si gustamos de alabanzas y de honores, somos locos en esta materia; y tanto tendremos de locura cuanto tengamos de gusto en ser estimados y honrados. Como, al contrario, tanto tendremos de sabiduría cuanto tengamos de amor a la humillación y a la cruz.

Es monstruoso que aun en las órdenes religiosas se encuentren personas que no gustan más que de lo que pueda hacerles agradables a los ojos del mundo; que no han hecho nada de cuanto han hecho durante los veinte o treinta años de vida religiosa sino para acercarse al fin al que aspiran; apenas tienen alegría o tristeza sino relacionada con esto, o, al menos, son más sensibles a esto que a todas las demás cosas. Todo lo demás que mira a Dios y a la perfección les resulta insípido, no encuentran gusto alguno en ello.

Este estado es terrible y merecería ser llorado con lágrimas de sangre. Porque ¿de qué perfección son capaces esos religiosos? ¿Qué fruto pueden hacer en beneficio del prójimo? Mas ¡qué confusión experimentarán a la hora de la muerte cuando se les muestre que durante todo el curso de su vida no han buscado ni gustado más que el brillo de la vanidad, como mundanos! Si están tristes estas pobres almas, decidles alguna palabra que les proporcione alguna esperanza de cierto engrandecimiento, aunque falso, y las veréis al instante cambiar de aspecto: su corazón se llenará de gozo, como ante el anuncio de algún gran éxito o acontecimiento.

Por otra parte, como no tienen el gusto de la devoción, no califican sus prácticas más que de bagatelas y de entretenimientos de espíritus débiles. Y no solamente se gobiernan ellos mismos por estos principios erróneos de la sabiduría humana y diabólica, sino que comunican además sus sentimientos a los otros, enseñándoles máximas del todo contrarias a las de nuestro Señor y del Evangelio, del cual tratan de mitigar el rigor por interpretaciones forzadas y conformes a las inclinaciones de la naturaleza corrompida, fundándose en otros pasajes de la Escritura mal entendidos, sobre los cuales edifican su ruina».

d) NO APEGARSE A LOS CONSUELOS ESPIRITUALES, SINO PASAR A DIOS A TRAVÉS DE ELLOS.—Hasta tal punto nos quiere Dios únicamente para sí, desprendidos de todo lo creado, que quiere que nos desprendamos hasta de los mismos consuelos espirituales que tan abundantemente, a veces, prodiga en la oración. Esos consuelos son ciertamente importantísimos para nuestro adelantamiento espiritual pero únicamente como

estímulo y aliento para buscar a Dios con mayor ardor. Buscarlos para detenerse en ellos y saborearlos como **fin último** de nuestra oración sería francamente malo e inmoral; y aun considerados como un **fin intermedio**, subordinado a Dios, es algo muy imperfecto, de que es menester purificarse si queremos pasar a la perfecta unión con Dios. Hay que estar prontos y dispuestos para servir a Dios en la oscuridad lo mismo que en la luz, en la sequedad que en los consuelos, en la aridez que en los deleites espirituales. Hay que buscar directamente al Dios de los consuelos, no los consuelos de Dios. Los consuelos son como la salsa o condimento, que sirve únicamente para tomar mejor los alimentos fuertes, que nutren verdaderamente el organismo; ella sola no alimenta y hasta puede estragar el paladar, haciéndole insípidas las cosas convenientes cuando se las presentan sin ella. Esto último es malo, y hay que evitarlo a todo trance si queremos que el don de sabiduría comience a actuar intensamente en nosotros.

Sigamos adelante buscando en todo la santidad. Sin el Espíritu Santo no podemos, y sin los dones, puntualmente tampoco. Pidámosle mucho a María, nuestra Madre, que nos enseñe a ser dóciles al Espíritu Santo, que si no actúa tanto en nosotros es porque no somos más marianos. Seamos más marianos y actuará más.

¡Ave María y adelante!